

# Los riesgos de perseguir a un príncipe

La Romántica

## Biografía

Julia London vive en Austin (Texas), con su pareja Louie y dos enormes perros, pero cuando el calor se hace insoportable se va a Taos (Nuevo México). Cuando está en Austin se dedica a escribir, que es su gran pasión. Afirma que se pasa los días creando mundos imaginarios en su mente, opuestos al que vivimos hoy en día. Sus series *Los libertinos de Regent Street*, *La trilogía de las hermanas Lear* (Esencia), *Thrillseeker Anonymous*, de próxima aparición en Esencia, y *La trilogía de la familia Lockhart* (Booket, 2007) han obtenido un enorme éxito internacional, que se está repitiendo con la serie *Debutantes desesperadas*.

Más información sobre la autora en: [www.julialondon.com](http://www.julialondon.com)



# **Julia London**

## Los riesgos de perseguir a un príncipe

Traducción de Ana Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo



Esencia/Planeta



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *The Perils of Pursuing a Prince*

© Dinah Dinwiddie, 2007

Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Star Books, un sello de Simon and Schuster, Inc.

© por la traducción, Ana Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta

Diseño de la cubierta: Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Judy York, 2008

Fotografía de la autora: © Brenda Ladd

Primera edición en Colección Booket: abril de 2010

Depósito legal: B. 9.533-2010

ISBN: 978-84-08-09176-9

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

*Para Klo, Nagno y Sanman.  
No podría haber tenido mejores hermanos. Gracias*

*Wrth gicio a brathu, mae cariad yn magu.*

Proverbio galés

(Mientras muerde y patalea, el amor se desarrolla)





# 1



*Llanmair, Gales, 1820*

Por alguna inexplicable razón, lo primero que se le ocurrió a Greer Fairchild cuando tres hombres —al parecer ladrones— detuvieron el coche en el que viajaba junto al señor Percy, fue que el fallecimiento de la señora Smithington, a quien Greer acompañaba en su viaje, había sido no sólo trágico, sino además, extremadamente inoportuno.

Casi habían llegado a Llanmair, después de recorrer un camino lleno de baches durante casi toda la tarde, y la luz del sol todavía no se había ocultado tanto como para que Greer no pudiera distinguir el antiguo castillo grisáceo elevándose sobre el risco sobre el cual estaba asentado, por encima de los bosques y montañas que lo rodeaban.

Era un edificio grandioso, de cuatro pisos de altura, construido con piedra gris y coronado por un torreón en cada una de sus cuatro esquinas. ¡Estaban tan cerca de él! ¡Tan cerca del final de los problemas de Greer, y ahora sucedía aquello!


—Quédese aquí —dijo el señor Percy con expresión muy seria, cuando el carruaje se detuvo con una sacudida al acercarse los tres jinetes—. Hablaré con ellos.

Se bajó del vehículo, cerró la puerta con firmeza, y se dirigió a los tres hombres que en ese momento se interponían entre Greer y el señor del castillo que tenía su herencia en su poder.

—Esto no está pasando —refunfuñó ella por lo bajo.

No después de todo lo que había soportado el año anterior.





No después del fallecimiento de su tía, que la había acogido, y después de las interminables horas que se había pasado viajando junto a la señora Smithington, montando en transportes públicos con gente a la que no se le ocurría otra cosa que llevar a sus pollos y perros consigo. No después de haber saltado con cada bache y surco mientras cruzaban los páramos desolados, o de haber perdido de vista el sol al atravesar bosques tan frondosos que la luz no era capaz de abrirse paso entre las copas de los árboles. Estaba a medio kilómetro de distancia de lo que esperaba que fuera el final de su viaje, y se veía obligada a detenerse.

Un verdadero fastidio.

Greer se asomó a la ventanilla para ver cómo el señor Percy se enfrentaba a los tres hombres, con las piernas separadas y los brazos en jarras. Emitió un gemido de desesperación y apoyó la cabeza en uno de los ajados asientos. Supuso que debería estar asustada por la presencia de unos desconocidos, estando, como estaba, tan lejos de la civilización, pero lo único que sentía era el agotamiento y la mugre del duro viaje pegada a su cuerpo. Por no mencionar el disgusto de haber viajado durante tres días con la misma ropa, pero en Gales hacía un frío de mil demonios, y aquel cálido vestido era la prenda más abrigada que tenía.

—Asombrosamente inoportuno —dijo en voz alta.

Si la señora Smithington no hubiera fallecido donde y cuando lo hizo, Greer podría haber realizado ese viaje por Gales en verano, cuando brillaba el sol, en vez de hacerlo entonces, a finales de otoño, cuando el tiempo era horrorosamente frío y húmedo. Podría haber llegado ya a Llanmair, donde se suponía que vivía el Príncipe de los Ladrones —como le llamaba en secreto—, en la mitad de tiempo que había empleado en recorrer aquellos empinados caminos cubiertos de bruma.

Pero la desdichada señora Smithington se fue a echar la siesta



precisamente el día en que Greer llegaba a la destartalada y largamente buscada propiedad de su tío. La anciana se durmió para no volver a despertar. Era una forma horrible de morir: sola y sin familia. No le quedaba más que un sobrino lejano que vivía en Londres, su heredero. A pesar de que la señora Smithington era un verdadero incordio, Greer había llegado a cogerle un cierto cariño y deseaba que no hubiera muerto tan sola.

Ese trágico fallecimiento era, por encima de todo, lo que hacía que Greer no deseara volver nunca más a Gales. De no ser por el bueno del señor Percy, lo más probable era que se hubiera vuelto a Londres con los efectos personales de la señora Smithington. Pero el hombre la animó a continuar su viaje.

Dicho periplo había comenzado un año antes, cuando la tutora legal de Greer, su tía Cassandra, lady Downey, falleció de repente. Su segundo marido, lord Downey, no tenía ningún deseo de mantener a Greer y a sus primas, Ava y Phoebe, y les anunció con decisión y firmeza que estaba dispuesto a entregar su mano al primero que se la pidiera sin tener en cuenta su nivel social, su fortuna ni los deseos de ellas.

Era algo intolerable, pero como Greer era tan sólo la pupila de lady Downey, era quien estaba en inferioridad de condiciones, pues carecía de familia o de la herencia necesaria para atraer a un pretendiente apropiado, aun en el caso de que lord Downey hubiera querido verla bien casada. Lo único que conservaba de su pasado era una antigua carta, algunos objetos sin importancia que habían pertenecido a su madre, a la que apenas recordaba, y algunos retazos de memoria sobre un anciano tío, un padre distante y ningún hermano.

Desesperada por salvar a sus primas y a ella misma del destino al que las condenaba lord Downey, y sabiendo que su padre había muerto años atrás sin haber engendrado un heredero, Greer





emprendió un accidentado viaje para buscar a su tío y preguntarle por una herencia que ni siquiera estaba segura de que existiera. No sabía nada de la fortuna de su padre, ni si la tenía, pero estaba segura de que algo había dejado. Y si así había sido, seguro que se lo habría legado a su hermano, el tío de Greer.

Era una débil esperanza, pero esperanza al fin y al cabo.

Por desgracia, la única forma en que había podido permitirse ir a Gales había sido como acompañante de la anciana y gruñona señora Smithington, quien deseaba conocer «los salvajes rincones de Inglaterra».

Después de viajar durante varios meses en compañía de la mujer, Greer llegó por fin a Bredwardine, un pueblo inglés en la frontera con Gales, donde encontró la propiedad de su tío en un estado lamentable. Los vagos recuerdos que tenía de una magnífica mansión con hermosos jardines y fuentes eran mera fantasía. El lugar era poco más que una casa solariega, no una mansión, y no estaba rodeada de jardines, sino sólo de un exiguo patio con un viejo cerdo vagando sin rumbo por él.

Los únicos habitantes eran un guarda anciano y su esposa. Además, los muebles de la mayor parte de las habitaciones habían desaparecido hacía tiempo; no quedaba ningún lugar donde sentarse ni ninguno donde descansar, excepto dos habitaciones de la escalera, que, por motivos que Greer prefería no saber, todavía contaban con dos vetustos colchones de plumas llenos de bultos. Esa misma tarde, mientras Greer se preguntaba qué iba a hacer a continuación, la señora Smithington empezó a quejarse de que no se sentía demasiado bien.

La joven no le dio importancia, ya que la mujer llevaba quejándose sin parar desde que salieron de Londres. Apenas habían abandonado los límites de la ciudad y ya empezó a criticar el tiempo (demasiado lluvioso), el estado de los caminos (demasiados ba-



ches), y que no había mucho que ver después de recorrer tantos kilómetros (demasiados árboles, demasiado lejos de Londres).

Al principio, en cierto modo, a Greer la divertían esas quejas, pero pronto se le hicieron pesadas, sobre todo cuando era ella quien se veía obligada a llevar en el regazo sombrereras y pequeños baúles, mientras ambas viajaban apretujadas en coches públicos.

Pero luego, en Ledbury, el señor Percy subió a la diligencia y empezó a elogiar la juvenil sonrisa de la señora Smithington, y manifestó gran asombro al enterarse de su avanzada edad. El querido y joven señor Percy, alto y atractivo, de oscuras pestañas y luminosos ojos color avellana, capaz de encandilar la canosa cabeza de la señora Smithington de haberlo deseado.

Cuando llegaron a Herefordshire, la señora Smithington convenció al señor Percy para que las acompañara a Gales con la excusa de que «nadie se aprovechará de dos pobres mujeres solteras si van en compañía de un caballero».

Greer se imaginaba que las constantes quejas de la anciana ahuyentarían al más depravado de los villanos, pero cuando el señor Percy accedió a la petición, se sintió muy aliviada.

No sólo era un hombre encantador, sino también un acompañante excelente, que se preocupaba mucho de ellas.

Lo cierto era que, debido a la especial atención que el señor Percy le dedicaba a ella, Greer se enteró de lo que había sido de su tío. En varias ocasiones, cuando la señora Smithington se retiraba temprano, la joven y el señor Percy se sentaban junto al fuego, en la posada de turno, y charlaban. Él siempre la elogiaba: sus ojos eran tan azules como el mar, su pelo tan negro como la tinta de la India... A ella le encantaban sus elogios, pero después de haber pasado dos Temporadas en Londres, apenas la divertían ya tales conversaciones.



Al final, le tomó suficiente confianza como para contarle cómo un caballero de su obvia categoría había acabado subiéndose a un carruaje público. Iba de regreso a Gales para intentar razonar con un despiadado pariente que le había robado su legítima herencia echándolo de su mansión familiar, y todo por haber cometido el delito de tener un padre inglés. Era una historia terrible y, aunque el señor Percy mantenía una expresión de valentía al contarla, Greer pensó que el pariente en cuestión era un deplorable delincuente.

La historia era tan triste que la llevó a explicar que ella estaba buscando a su tío paterno, el último pariente varón conocido de la familia de su padre, quien procedía de Bredwardine. Cuando mencionó el nombre de su tío, el señor Percy la miró con una extraña expresión.

—¿Randolph Vaughan? —repitió con incredulidad. Se echó hacia adelante con un movimiento brusco, cogió la mano de Greer entre las suyas, la miró con ojos llenos de compasión y dijo—: Señorita Fairchild, tengo el triste deber de informarla de que el señor Randolph Vaughan está... muerto.

—¿Muerto? —jadeó Greer.

—A consecuencia de la cox que le dio un caballo al que estaba castrando. El pobre hombre permaneció postrado en cama varios días, pero nunca se recuperó.

—¡Oh! —exclamó Greer, bastante perpleja ante la inesperada noticia—. ¡Dios mío!

—Pero no se preocupe —añadió el señor Percy, apretándole la mano para tranquilizarla—, me consta que tiene otros familiares en Gales.

—¿Otros? —preguntó ella confundida—. Creía que mi tío Vaughan era el último.

—Quizá de su familia directa. Pero la familia de su esposa era gente bastante importante.





Greer se mostró muy sorprendida.

—Si no le molesta que se lo pregunte... ¿cómo es que sabe usted tanto sobre la familia Vaughan? —se atrevió a preguntar.

—Es muy simple —respondió él con una encantadora sonrisa que la tranquilizó al instante—. Gales es como un pequeño pueblo, todos los galeses se conocen.

*Galeses.*

Greer volvió a prestar atención a lo que sucedía fuera del coche y vio cómo uno de los hombres se bajaba súbitamente del caballo y se llevaba una mano a la cintura, revelando una arma. Se quedó boquiabierta cuando el señor Percy se quitó el sombrero, se pasó una mano por el cabello y, a continuación, volvió a ponerse el sombrero, sin mostrar aparentemente ningún temor.

Claro que no era de los que se acobardan con facilidad. El día que Greer encontró a la señora Smithington fría y rígida en aquella cama del primer piso, en Bredwardine, sucumbió a la desesperación. Cayó en la cuenta de que disponía de muy poco dinero, se encontraba lejos de cualquier indicio de civilización, y no estaba más cerca de lograr su objetivo de lo que lo estaba cuando salió de Londres. Pero el señor Percy acudió inmediatamente a su lado, la consoló, la ayudó a decidir lo que debía hacer y, por fortuna, se encargó de todas las disposiciones necesarias.

Y después de que la señora Smithington fuera enterrada en el cementerio de la iglesia y se hicieran las gestiones necesarias para enviar sus efectos personales de regreso a Londres, el señor Percy preguntó:

—Continuará su viaje, ¿verdad?

—¿Continuar? —gritó Greer—. ¿Y adónde puedo ir? Mi compañera está muerta, mi tío está muerto y su propiedad se está des-



moronando. No tengo ningún sitio adonde ir aparte de volver a Londres, y apenas me queda dinero para hacerlo.

—La escoltaré hasta cualquier lugar que desee, por supuesto —se ofreció de inmediato el señor Percy—. Estoy a su servicio, señorita Fairchild.

—No puedo imponerle tal cosa.

Tampoco podía arriesgarse al escándalo que suponía viajar con un hombre que no era de su familia. Su situación ya era lo bastante delicada en lo que respectaba a vivir en la casa de lord Downey. Además, a Ava y a Phoebe seguro que les daría un ataque si se enteraban de que la señora Smithington había muerto y ella proseguía viaje con un hombre al que apenas conocía.

Pero de nuevo, el señor Percy fue muy persuasivo.

—Le aseguro que no es ninguna imposición. No tengo ningún programa fijo. Además, conozco a un abogado que podrá informarle de quién es la persona que se ha hecho cargo de los asuntos de su tío. —Al ver la expresión de desconcierto de Greer, añadió—: Su tío ha muerto, pero es posible que usted tenga derecho a heredar algo.

Greer empezó a poner objeciones, pero él continuó con tono resuelto:

—¡Vamos, señorita Fairchild! Ha hecho usted todo este viaje para buscar su herencia. No puede abandonar sin hablar al menos con ese hombre. Si él no tiene novedades para usted, entonces la ayudaré a coger la primera diligencia que salga para Londres. No se pierde nada por preguntar, ¿verdad?

Eso era indiscutible.

El señor Davies, el abogado, era un anciano cuya oficina estaba situada en un antiguo edificio con combados suelos de made-



ra. Después de que el señor Percy sacudiera galantemente con su pañuelo el polvo de la silla, Greer se sentó y explicó su situación al diminuto abogado: que suponía que era la única heredera de su padre, pero que, teniendo en cuenta que la habían separado de él a muy temprana edad, no estaba segura de ello.

El señor Davies no dijo nada mientras ella hablaba. Cuando terminó de hacerlo se puso las gafas, se pasó las manos por las tiasas greñas de pelo gris y rebuscó entre un montón de papeles y carpetas. Al fin encontró una grande, de cuero, de la cual sacó un manojo de documentos. Los extendió sobre el atestado escritorio y comenzó a estudiarlos, murmurando para sí, mientras Greer permanecía sentada frente a la mesa con el señor Percy de pie a su lado.

Pasado un rato, el señor Davies se quitó las gafas y contempló a Greer con atención.

—No cabe duda de que es usted la única heredera con vida de su padre —afirmó con rotundidad.

Greer lanzó una exclamación de sorpresa y alegría, el señor Percy le apoyó una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Por desgracia, como no se hizo nada para buscarla y estaba usted en paradero desconocido, la herencia de su padre, Yorath Vaughan, pasó a su hermano, Randolph Vaughan, su fallecido tío, quien a su vez carecía de herederos vivos, por lo que, a su muerte, todas sus propiedades, que naturalmente incluían las de su padre, pasaron al marido de la difunta hermana de su difunta esposa: su señoría Rhodrick Glendower.

Greer parpadeó tratando de seguirle. El señor Davies volvió a ponerse los anteojos y cruzó las manos sobre el escritorio.

—En Inglaterra, e incluso en Bredwardine, es el conde de Radnor. Pero a cinco kilómetros de aquí, en Gales, se lo conoce con otro nombre.

La mano del señor Percy apretó más el hombro de Greer.



—Disculpe, pero usted no puede estar diciendo que...

—¡No tengo ninguna duda, señor Percy! —exclamó el abogado con grandilocuencia, muy contento de sí mismo—. ¡La herencia de la señorita Fairchild, en caso de existir, ha pasado, junto con las propiedades de su tío, a pertenecer nada menos que al príncipe de Powys!

—¿A quién? —preguntó Greer mientras la mano del señor Percy se apartaba de su hombro.

—Al príncipe de Powys —repitió Davis, despacio—. Puede que bajo el punto de vista de los ingleses ése sea un título hereditario, pero en Gales se lo conoce tan sólo como «el Príncipe». No es alguien a quien tomarse a la ligera.

En realidad, a ella le traía sin cuidado si era el maldito rey de Inglaterra; se había apropiado de su herencia.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Davies cerró de golpe la carpeta de cuero, de la cual se levantó una nube de polvo tan grande que Greer tuvo que abanicarse para apartarlo de su cara.

—En Llanmair, por supuesto, donde siempre han residido los príncipes de Powys anteriores a él y donde seguirán haciéndolo mucho después de que el actual haya desaparecido.

—¿Y dónde está exactamente Llanmair? —insistió ella.

El abogado se rió por lo bajo y señaló un sucio ventanuco.

—Al oeste. Al pie de los montes Cambrianos, en un espeso bosque de caza.

Greer miró al anciano con los ojos entrecerrados. Él sostuvo su mirada, desafiándola a cuestionar sus poéticas pero poco útiles indicaciones. Como no parecía que el hombre fuese a añadir nada más, Greer se levantó, sacó una corona de su pequeña bolsa y se la ofreció a Davies.

—Muchas gracias, señor. Me ha sido usted de mucha ayuda.



El señor Davies extendió su huesuda mano y cogió la moneda.  
—Buena suerte, señorita Fairchild —dijo riendo por lo bajo de una forma que a ella le causó un estremecimiento.

Naturalmente, el señor Percy la convenció para que continuara su viaje y alquilara un carruaje privado. Greer estaba muy poco dispuesta a hacerlo, teniendo en cuenta sus menguantes fondos, pero el señor Percy opinaba que era absolutamente necesario para adentrarse en Gales.

—Tal como usted se temía, señorita Fairchild, había algo extraño en relación con la propiedad de su padre. ¡Claro que debe continuar! Pero es un viaje difícil, y creo que habrá menos especulaciones sobre su identidad si lo hace en un coche privado.

Era una forma educada de recordarle que era la manera de evitar el escándalo. Aun así, discutió con él, tenía el dinero justo para volver a Londres y, con un poco de suerte, reclamar su herencia. Luego pensó que el señor Percy tenía razón. Había llegado ya muy lejos, de modo que muy bien podía terminar el viaje. De manera que, en contra de lo que le indicaban el sentido común, el decoro y cada una de las benditas cosas que había aprendido sentada en las rodillas de su tía Cassandra, Greer partió en dirección a Llanmair junto con el señor Percy.

En un carruaje privado que pagó *ella*.

Cuando estuvieron lejos de cualquier pueblo o lugar civilizado, el señor Percy le confesó que el príncipe de Powys no era otro que su despreciable tío, el hombre que lo había dejado en la ruina.

—¡No puede ser verdad! —exclamó Greer, consternada.

—No debería usted sorprenderse —replicó él—, ese hombre ejerce una considerable influencia por esta zona. ¿Cómo si no es capaz...? —Se interrumpió y, después de mirar a Greer de reojo, apretó la mandíbula y se dedicó a mirar por la ventana.

—Disculpe... ¿Cómo es capaz de qué?





—No puedo decírselo, señorita Fairchild. Es demasiado... inocente como para conocer la vil naturaleza de ese hombre.

Greer resopló al oírle. Dado que estaba recorriendo Gales con un hombre que no era su marido ni tenía relación de parentesco alguna con ella, le parecía que tal consideración era superflua.

—Ya he tomado una decisión, e insisto en que me diga todo lo que sepa sobre ese hombre, ya que ahora tiene mi herencia además de la de usted.

—Si, desde luego, debe usted luchar por lo que le corresponde —se mostró él de acuerdo de inmediato—. Su valentía es digna de elogio, señorita Fairchild.

Greer no era valiente en absoluto, lo que estaba era desesperada.

—Entonces, por favor, cuénteme lo que debo saber.

Él unió las palmas de las manos y suspiró.

—Además de apoderarse de mis tierras, tal como le conté, el muy sinvergüenza comprometió además a la hija de un abogado de Rhayader, y luego se negó en redondo a hacer lo más honorable.

Greer parpadeó, el señor Percy se echó de repente hacia adelante, le puso una mano en la rodilla y continuó en voz baja:

—Pero eso no fue lo peor. Al poco tiempo de haber sido rechazada, la joven huyó. Todo el condado la buscó... por todas partes, pero no la encontraron en ningún sitio.

—¡Santo Dios! —exclamó Greer, imaginando la cantidad de cosas terribles que podían sucederle a una mujer en una tierra tan remota como Gales.

—Pero entonces, como por un milagro, él la encontró en medio de un bosque enorme, que abarca miles de hectáreas. —Se echó hacia atrás, apartando la mano de la rodilla de ella—. Por supuesto estaba muerta. Tenía el cuello roto.

—¡Cielo Santo, no!





—Él se limitó a llevar su cuerpo a las autoridades, a kilómetros de distancia de Llanmair.

—¡Qué tragedia!

El señor Percy entrecerró los ojos y se volvió a inclinar hacia adelante.

—Creo que no me ha entendido, señorita Fairchild. Llanmair está rodeado por ocho mil hectáreas de tierra virgen y bosques. Es imposible cruzar toda su extensión, pero sin embargo él consiguió hallarla en un remoto barranco.

El significado de sus palabras penetró en el cerebro de Greer.

—¿Se refiere a un... asesinato? —susurró.

El señor Percy se encogió de hombros.

—Hay mucha gente que lo cree así. La depravación de ese hombre no tiene límites.

Ahora, varios días después, mientras Greer miraba el inmenso castillo y a los tres misteriosos hombres, un estremecimiento la recorrió entera. Necesitaba estar cerca del señor Percy, abrió la portezuela y se apresuró a salir, al tiempo que veía un jinete aproximarse a ellos. También lo vio el señor Percy, pues se dio la vuelta de inmediato y cogió la mano de la joven.

—Permanezca en el coche, señorita Fairchild.

Greer no se movió, estaba paralizada mirando al jinete que se aproximaba.

Se dirigía hacia ellos cabalgando a una velocidad vertiginosa. Su capa ondeaba tras él como las alas de un pájaro gigantesco, e iba inclinado sobre el cuello de un enorme corcel negro que levantaba a su paso grandes terrones de tierra con los cascos. Parecía como si el jinete no los viese, como si tuviera intención de pasar por encima de ellos con el caballo. Greer lanzó un grito, guareciéndose tras el señor Percy, y entonces el hombre hizo que el animal se detuviera en seco con un relincho. Las enormes pa-





tas del semental golpearon el aire al encabritarse, y el jinete lo condujo hacia la derecha, con decisión, alejándolo del resto de los caballos. Cuando lo hubo dominado, los miró a todos con furia, y cuando Greer salió de detrás del señor Percy, volvió hacia ella sus helados ojos verdes.

Nunca había estado tan asustada en toda su vida.

El hombre era mayor que ella, diez años quizá. Una cicatriz le cruzaba un lado de la cara, desde la comisura del ojo hasta la mitad de la mejilla, desapareciendo bajo la sombra de la barba. Apretaba la mandíbula y, por debajo del sombrero, vislumbró el característico pelo negro de los galeses, con algunos mechones grises en las sienes. No era un hombre apuesto, ni siquiera era agradable, de hecho, su aspecto parecía bastante feroz. Y furioso.

El señor Percy se puso de inmediato delante de Greer y empezó a hablar en galés. Fuera lo que fuese lo que dijo, el desconocido hizo avanzar su caballo unos pasos para poder mirar a Greer con aquellos terribles y fríos ojos verdes.

Al mismo tiempo, una gruesa gota de agua cayó sobre el sombrero de Greer, asustándola. A esa gota le siguió otra y luego varias más, entonces, sin pensarlo dos veces, se dirigió al hombre del cual no era capaz de apartar la mirada.

—Con su permiso, nos gustaría pasar. Queremos llegar...

El señor Percy la cogió del brazo y dijo algo en galés. El jinete siguió callado, pero miró a Greer.

—Perdone —le susurró ella al señor Percy—, pero creo que deberíamos explicarle quiénes somos.

—¿Qué cree que he estado intentando hacer en el último cuarto de hora? —respondió él por lo bajo, de manera cortante—. Si me lo permite...

—Pero está empezando a llover —indicó Greer, consciente de la desesperación de su voz. Volvió a dirigirse al hombre vestido





de negro—: No quisiera molestarle, señor, pero me temo que nos va a pillar la lluvia.

El aludido no contestó. Greer estaba cada vez más mojada y avanzó un paso.

—Tenemos que tratar un asunto importante con el conde de Radnor... es decir... el príncipe... de modo que, por favor, sea usted tan amable de dejarnos pasar.

Su súplica volvió a toparse con el frío silencio. Greer echó una nerviosa mirada al señor Percy.

—¿Cree que me entiende? —susurró.

—Estoy seguro de que sí —contestó él sin dudar.

Tanto si entendía como si no, se negó a demostrarlo, de modo que el miedo de ella empezó a convertirse en ira ante semejante grosería. Levantó la barbilla mientras miraba su rostro áspero y sus impasibles ojos. Para su sorpresa, el jinete les dijo algo en galés a los tres hombres que permanecían de pie entre ellos. Luego hizo que el caballo diera media vuelta y se alejó cabalgando tan rápidamente como había llegado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Greer, sorprendida por su abrupta partida.

El señor Percy suspiró y le indicó que subiera al carruaje.

—Nos ha dado permiso para pasar —masculló, y cogiéndola con firmeza del brazo, la llevó hasta el coche. Lanzó una ojeada al cochero—. Continúe —ordenó antes de subir detrás de Greer.

Cuando el carruaje empezó a moverse, la joven se sacudió el agua de la capa.

—Puede que su señoría sea un asesino, pero tengo la intención de decirle lo insoportablemente grosero que ha sido.

—¡Señorita Fairchild, ese hombre tan insoportablemente grosero era el príncipe de Powys! —suspiró el señor Percy exasperado.

—¡Oh, Cielos!

